

David Lodge,
¡El autor, el autor!,
Barcelona, Anagrama, 2006.

«La única razón de existir de la novela
es que intente representar la vida»
Henry James, *El arte de la ficción*.

Sucedió antes de que cayera el telón ante la indiferente mirada de un público deseoso de nuevas sensaciones, de risas vacuas y de juegos artificiosos sin más pretensiones que las de un frívolo entretenimiento. Después las luces del teatro se encendieron, pero ninguno percibió que les rodeaba una lúgubre oscuridad. Sucedió que un mundo con sabor añejo se estaba convirtiendo sin saberlo en ruina de museo —*Británico*, claro— mientras nacía otro, con bríos de juventud que hoy nos resultan casi prehistóricos. Del sosegado atardecer de un viejo espacio que comenzaba a manifestarse extraño y diferente a los ojos de la gran masa, esa de la que también hoy nosotros seguramente somos parte, es precisamente de lo que David Lodge nos habla en su última obra, *¡El autor, el autor!* Agitados como por una bola de cristal de la que surgen minúsculos copos de nieve en soñados decorados, Lodge nos conduce con delicadeza a través de la vieja Europa, desde Londres a Venecia, a París, y vuelta a Londres, pero siempre París, en viajes sin interminables esperas aeroportuarias, sólo viajes, transcurros de vida. Y ahí, en ese decorado que abarca desde el último cuarto del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX, momentos en los que todo parecía dejarse llevar por el impulso de la tecnología moderna, por la fuerza de una nueva sociedad y por el ansia de la novedad, ahí nos ubica Lodge a Henry James. Y por la novela transcurrimos como viajeros, dejando atrás paisajes que no se repetirán, hasta llegar a un mundo nuevo, el de la primera guerra mundial, que para muchos marcó la frontera entre el inicio de nuestro siglo y el final de tantas otras cosas, entre ellas de toda una literatura, acaso de *La Literatura*.

Hacer de la literatura un tema —*El Tema*— no es una novedad en la obra de Lodge, más bien se trata de uno de los puntos centrales de la mayor parte de sus libros. Por ello no resulta complicado extraer unos cuantos ejemplos de algunas de sus obras más conocidas. En *La caída de Museo Británico*, de 1965, la angustia de Adam Appleby, personaje central del texto, y la trabajosa —en todos los sentidos— elaboración de su tesis doctoral discurren por caminos paralelos: «Es una forma especial de neurosis académica [...]. Ya no es capaz de distinguir entre vida y literatura», señalaba uno de los personajes refiriéndose a Appleby, «ya lo creo que soy capaz —replicó Adam—. La literatura habla mucho de sexo y poco de tener hijos. La vida es al revés»¹. Otra magnífica novela, *Intercambios*, que vio la luz por primera vez en 1975, se articulaba en capítulos que venían a poner en crisis —¿o tendríamos que decir mejor «deconstruir»?— diversos géneros literarios, desde la novela, pasando por el género epistolar, el guión, hasta llegar a la imposibilidad del final; se trataba en definitiva de un homenaje a la literatura, pero con la paradoja añadida de que el propio relato avanzaba gracias al error y a unos personajes que se movían en él representando a su vez diversas corrientes como el historicismo o el estructuralismo². No sería correcto

decir que *Intercambios* tuvo una segunda parte, pero lo cierto es que *El mundo es un pañuelo*, escrita nueve años después, además de compartir personajes con la anterior, constataba la evolución del debate literario que su predecesora anunciaba en sus últimas páginas y explicaba de modo bastante gráfico algunas de las corrientes teóricas con mayor relevancia del momento³. Dos ejemplos más que, sin ser tan evidentes, sí que transitan el paisaje literario: Lawrence Passmore, en *Terapia*, de 1995, es escritor de guiones para una afamada serie televisiva y en cierto punto de la novela comienza empatizar obsesivamente con la figura de Søren Kierkegaard⁴; En *Trapos sucios*, obra de teatro estrenada en 1998 y publicada como novela breve un año después, sus dos personajes centrales son novelistas, «escribir novelas», dice uno de ellos, «es como meter mensajes en una botella tras otra y arrojarlas al mar en el refluo de la marea sin la más remota idea de adónde las llevará la corriente ni de cómo serán interpretados»⁵. De no ser por la constante presencia de la literatura podría pensarse que Lodge buscó una isla remota desde la que arrojar las botellas que conforman su última obra y alejarla así de su producción anterior, y sin embargo *¡El autor, el autor!*, desprovista de ese humor inigualable que desprenden sus antecesoras, es tremendamente representativa, una de esas novelas de las que algún personaje futuro de Lodge debería de hablar, pero de la que seguramente no hablará nunca.

Rummidge

Empleando un recurso gráfico tan repetido en nuestros días, acudimos a la imagen de una tela de araña para entender los pasajes narrativos que nos atrapan en cada página, en cada párrafo de la obra de Lodge. Podría decirse que la materia prima de la red tejida por el escritor británico se compone de la propia literatura, pero deberíamos añadir algún otro «lugar común» que aporte luz a una producción ya de por sí luminosa. El mundo académico es una de las claves que se repite en la mayor parte de sus libros, componiendo, además, el marco principal de cuatro de sus obras, las mencionadas *Intercambios*, *El mundo es un pañuelo*, *La caída del Museo Británico* y, por otra parte, *¡Buen trabajo!*⁶ La universidad no sólo es el paisaje en el que ubicar una trama, es también el núcleo que atrae la efervescencia cómica y la crítica más irónica a la par que evidente: Las amistades y las envidias entre los profesores, sus ansias de reconocimiento, sus manías, sus fobias, sus prejuicios y sus debilidades; las relaciones entre los alumnos, sus intereses y descubrimientos casi iniciáticos, como juegos que marcarán sus vidas futuras. Todo ello compone un marco hermético particular del que Lodge ha tenido la voluntad de escapar en esta última ocasión, de tal manera que la trama queda más abierta a otras posibilidades narrativas, pudiendo llegar incluso a desconcertar a sus lectores más habituales, que ven como es obviada toda la relación que el propio Henry James tuvo con diversas universidades tanto europeas como norteamericanas. Podríamos encontrarnos aquí con el segundo punto de ruptura más evidente que se establece entre *¡El autor, el autor!* y las novelas citadas anteriormente, sin embargo el propio relato nos deja entrever que estamos ante un estudio serio y riguroso de la figura de Henry James, un estudio que, novelado después, desemboca en una bibliografía detallada de trabajos y de monografías precedentes. El hecho de ficcionar una investigación le otorga a Lodge la posibilidad de entremezclar sentimientos e impresiones que seguramente no se constatarían en las fuentes empleadas, del mismo modo que, cuando en otras de sus novelas topamos con análisis acerca de la literatura, nos encontramos a la vez con tramas paralelas que, como contrapunto, no hacen más que dar veracidad al análisis planteado. Desde este punto de

vista deberemos rastrear todo aquello que ha hecho que Lodge escriba una novela sobre Henry James y no un ensayo, a los que, por otra parte, también nos tiene acostumbrados. Analizar estos puntos supone así explicar el porqué salimos de la academia, por qué nos evadimos hacia paisajes oníricos en los que al parecer el sol no termina de ponerse nunca.

Dos puntos fundamentales trazan el cuadro general que las páginas de *¡El autor, el autor!* dibujan: en primer lugar la relación de amistad entre Henry James y el viñetista primero y novelista después George du Maurier, autor de una novela escandalosamente exitosa, *Trilby*; Por otra parte, en correspondencia con ello, pero quizá más importante aún, el efecto que dicho éxito produce en James, una especie de extrañamiento con un mundo que ya no le pertenece. Entre confidencias y largos paseos alrededor de New Grove House la amistad entre Henry James y George du Maurier se traza en el libro bajo el necesario signo de la lealtad, sin embargo un hecho trascendental marca la relación entre ambos, el impensable éxito que du Maurier obtuviese con su *Trilby* y el coetáneo descalabro de James en el mundo del teatro. A partir de ese momento el lector asiste a la involuntaria e inevitable caída de James a los infiernos de la envidia, de tal suerte que su presencia parece humanizarse, se hace cotidiana ante nuestros ojos y desciende de ese púlpito sagrado en el que los grandes escritores permanecen invulnerables al paso del tiempo. Resulta interesante esta humanización del elegante James, rebajado por las pasiones mundanas y corrompido por la ausencia del efímero sustento que otorga la fama. Pero no menos interesante puede suponer la lectura de los pasajes en los que vemos cómo James lucha contra ese fantasma que amenaza su amistad con el viejo amigo, porque al final de ese camino encontraremos la disciplina, aliada del escritor en su habitar en el mundo y en la forma de entender su propia condición de hombre entregado a las letras.

Al abrir un poco el prisma desde el que vislumbramos estos acontecimientos nos encontramos con el punto fundamental de la novela, la constatación de que James comienza a vivir un tiempo que no es el suyo y que el mundo de la literatura cambia al ritmo vertiginoso que le imponen los nuevos hábitos de una sociedad en construcción. Lo que genera en James este hecho podría relacionarse con la sensación de extrañamiento que los románticos sintieron en su día, lo que Baudelaire o Stendhal plasmaron en algunas de sus páginas más brillantes, ese sentimiento de desazón que, por descontado, también caducó hace ya muchos años. Así es como Lodge vuelve la vista atrás y repasa el anuncio del declive:

«Ya estaba resignado a no ser nunca un autor realmente popular o a no producir un best seller, como el pobre du Maurier. Algo había ocurrido en la cultura del mundo angloparlante en los últimos decenios, algún inmenso desplazamiento sísmico causado por una serie de fuerzas convergentes —la difusión y la reducción del alfabetismo, el efecto igualitario de la democracia, la energía rampante del capitalismo, la distorsión de los valores provocada por el periodismo y la publicidad— que hacía imposible que un practicante del arte de la ficción alcanzase a la vez la popularidad y la excelencia, como habían logrado en la flor de la edad Scott y Balzac, Dickens y George Eliot»⁷.

De aquello sólo nos quedan pequeños núcleos que aún hoy rememoran un tiempo pasado. Rummidge, ficticia universidad creada por Lodge para ambientar algunos de sus textos, puede ser un ejemplo de ello: una vieja universidad británica en donde aún se respiran libros y lecciones magistrales. Es la universidad de Philip Swallow, personaje de *Intercambios* y de *El mundo es un pañuelo*, pero también el lugar en el que de vez en cuando ingresamos mediante la lectura de un clásico, la lectura

de las obras sin los días contados. Y mientras Rummidge se aísla y sueña con tiempos mejores, proliferan a su alrededor otros espacios que representan al mundo contemporáneo, lugares más familiares que se personifican en otra treta narrativa de Lodge cuyo nombre es Euforia.

Euforia

Morris Zapp, compañero de aventuras de Swallow en las citadas novelas, tiene su centro de operaciones en la Universidad del Estado de Euforia, estado norteamericano ubicado «entre California del Norte y California del Sur»⁸. En la universidad de Euforia huele lo mismo a libro que a humo de marihuana, a gases lacrimógenos lanzados por la policía contra manifestantes pacifistas que a preservativos refractarios al rígido código de una moral ancestral. Ese eufórico mundo que ideó Lodge décadas atrás representa el indiscutible auge estadounidense frente a la geriátrica influencia británica, pero también el triunfo de una «cultura de masas» sobre lo que hoy entendemos como una «alta cultura». En *¡El autor, el autor!* este nuevo contexto se personifica en la figura de H. G. Wells y sirve como contraste no sólo de Henry James, sino también de un Robert Louis Stevenson muerto en medio del pacífico océano, alejado del huracán que también a él iba a sacudirle, o de Oscar Wilde, quien personifica la rebelión y la resistencia de un tiempo que decidió condenarle en vida, pero también de George du Maurier, porque, tal y como James lo concibiera, es la víctima del éxito de *Trilby*, y así, paradójicamente, el primer autor mediático se convertiría a su vez en la primera víctima de la cultura de masas. Ejemplos como éste son hoy demasiado comunes y hablan tanto de la falsedad de la entronación como de la crueldad del magnicidio.

Y es que Lodge está caracterizando tanto un tiempo pasado como uno presente, conjugados perfectamente en un territorio fronterizo que consiente que nos familiaricemos con ciertos aspectos y que nos sintamos extraños con tantos otros. James es un personaje perfecto para esta tarea puesto que él mismo reflexionó con agudeza acerca de los entresijos que la nueva cultura deparaba al estatus de la novela. Comprendió, anticipándose a nuestros días, la problemática que se generaba a partir de la excesiva producción literaria, entendida no tanto como una creación sino como algo parecido a la fabricación en cadena que llegaría décadas después. «Hay que admitir», señalaba James, «que las buenas novelas están muy comprometidas por las malas y que el campo general sufre descrédito por la excesiva cantidad»⁹. Ese descrédito que padeció en sus propias carnes puede ser el que hace que ya entonces James razonara acerca de la imposibilidad de la homogeneización de los gustos del público:

«Para mí no hay obra literaria o de cualquier otro arte que tenga que “gustar” en lo más mínimo, obligatoriamente, a ser humano alguno. No existe mujer, por bella que sea, ante la cual el hecho de estar o no “enamorado” de ella no sea un asunto propio e indiscutible de un hombre. No es cuestión de maneras: vasto es el margen permitido a la libertad personal; y la trampa preparada por el artista no ocupa un lugar diferente al del ofrecimiento de sus encantos por parte de la dama»¹⁰.

Sin añoranzas que corriesen el riesgo de tornarse retrógradas, podemos constatar lo poco que queda del legado de James acerca de la libertad personal que recorre la creación literaria de la que nos habla y de la que hizo gala en todas sus composiciones. Desde hace años el arte de la novela se relaciona en buena medida con los designios del mercado, con las enfermizas listas de éxitos de libros más vendidos, de libros

indispensables que regalar el día del padre, el día de la madre, el día de reyes o el día de San Valentín. Los *Trilby* de nuestro tiempo se traducen en todas las lenguas imaginables, se convierten en película casi antes de ser publicados y la expectación que levantan sólo puede ser catalogada como de «fenómeno de masas». Pareciera que nos encontramos en una nueva frontera, tanto es así que en este desafortunado tiempo incluso Euforia podría resultar ya un modelo obsoleto ante un nuevo espacio que Lodge describiese con aguda ironía en *El mundo es un pañuelo*, el de la universidad global. Y en medio de todo esto Lodge vuelve la mirada hacia esa primera ruptura a la que asistió Henry James. Pero no es de melancolía de lo que se alimentan las páginas de *¡El autor, el autor!*, más bien de la crítica hacia nuestro propio tiempo y al sentido mercantilista que ha monopolizado el ámbito de la novela. Lodge ahora, como James entonces, apuesta por un sentido vital de la creación literaria. «El alcance del arte es toda la vida, todo sentimiento, toda observación, toda visión», escribió James¹¹, y eso es precisamente lo que fluye entre nuestras manos, mientras leemos el último título de Lodge, sin duda un texto sombrío, serio, tremendamente entretenido y absolutamente sincero. El atardecer de la gran literatura, su paulatina disolución en pos de una nueva disposición cultural, así como el lento ocaso de un Henry James que desprende una buena dosis de ternura, dan forma a una novela que bien podemos calificar de crepuscular y que, siguiendo la tradición de las grandes obras crepusculares, tiene mucho más que ver con la vida que con la muerte.

¹ David Lodge, *La caída del Museo Británico*, Barcelona, Anagrama, 2003, p. 76.

² Y aunque esto resulta más o menos evidente a lo largo del texto, la discusión suscitada en la última «secuencia» esclarece las opiniones de cada uno de los personajes acerca de lo que es una novela. En David Lodge, *Intercambios*, Barcelona, Anagrama, 2003, pp. 288-299.

³ La conferencia impartida por uno de los personajes supone una de las explicaciones más genuinas y brillantes sobre lo que es el postestructuralismo. Ver David Lodge, *El mundo es un pañuelo*, Barcelona, Anagrama, 2003, pp. 45-48.

⁴ David Lodge, *Terapia*, Barcelona, Anagrama, 2004.

⁵ David Lodge, *Trapos sucios*, Anagrama, Barcelona, 2001, p. 64.

⁶ David Lodge, *¡Buen trabajo!*, Barcelona, Anagrama, 1996.

⁷ David Lodge, *¡El autor, el autor!*, Barcelona, Anagrama, 2006, p. 444.

⁸ David Lodge, *Intercambios*, op. cit., p. 19.

⁹ Henry James, *El arte de la ficción*, Universidad de León, 1992, p. 45.

¹⁰ Henry James, *El futuro de la novela*, Madrid, Taurus, 1975, p. 46.

¹¹ Henry James, *El arte de la ficción*, op. cit., p. 65.